

Monalisa

Roberto Corella

Personajes

Ella

Él

Ella: Miles es poco. Decenas de miles, cientos de miles... De parientes directos, familiares, amistades, compañeros de trabajo, alumnos, transeúntes, iglesias, imágenes en iglesias, paisajes, pueblos, piedras... De animales también: perros, gatos, caballos, tortugas, burros... De muertos... Personas, animales, árboles... Me gusta retener la rigidez de la muerte... Cada vez que veo un arco iris, le tomo foto. Todavía hace poco tiempo se las llevaba, las fotos reteniendo al arco iris, a mi hermana menor, emocionada, ¡Mira!, le decía; ¡Lo atrapé para ti! Al principio ella se entusiasmaba, pero luego sólo fingía el interés o el entusiasmo, y ya las últimas veces de plano ni las veía, encerrada como está en sus múltiples... ocupaciones... Ya no se las llevo, pero sigo capturando el arco iris con mi lente. ¿Qué tal si un día lo atrapo de verdad? Como a ella ya no le interesa lo agarraría para mí solita. Eso sería magnífico, pero ¿dónde lo metería? Humm... Ya veré... Algún huequito debe haber por allí...

Él: Eran las propinas... Eso al principio... Porque no crean que a todos les gustaba como cliente... Enigmática... Rara... Pero siempre me daba una

buena propina... Y la sonrisa... Le fuera como le fuera, ella siempre sonreía.

¿Al cine?

Ella: Sí.

Él: Y sonreía. Casi nunca hablaba; sólo sonreía. La llevaba a su trabajo y al cine y luego la recogía. De su trabajo, ya tenía horarios establecidos. Puntual, como reloj suizo. Cuando la llevaba al cine, a las dos horas me llamaba y yo iba por ella...

Ella: A mi casa, por favor.

Él: Ocasionalmente me contaba la película. O las películas, porque había días que veía dos y hasta tres. No le interesaban las cursis, las de amor simplón; esas de que te quiero y me quieres pero otros no quieren que te quiera y que me quieras... Prefería películas complicadas, de intrigas, dolores profundos, esas donde la gente se busca a sí misma y no se encuentra... Esas que cuando parece que todo lo tienes resuelto, ¡pum!, aparece algo nuevo que cambia todo y a volver a empezar. Más parecido a lo que es la vida, pues.

Ella: ¿Cómo me voy a deshacer de ti? Eres un regalo para Marla. Una vez me dijo que le gustaría tener una caja llena de pelo humano. De pelo humano, me dijo. ¿Para qué sirven las tías quedadas si no para complacer a las sobrinas? Las quedadas sin hijos no tienen valor alguno en una familia. Empecé a coleccionarlo. Pero mi hermana no quiere que se la de, que qué cochinerito. Cuando me muera y ella venga por mi cadáver, verá la caja y sabrá que es su regalo. ¿Y de ti? Tú representas al amor que siempre he sentido por todos mis sobrinos, a los que veo y a los que no; a los que me quieren y a los que no. A todos. Ellos lo entenderán y te querrán tener... El árbol genealógico desde mis tatarabuelos... Me llevó años completarlo... Aquí está tu abuelo que murió de

cirrosis, tu tía que se suicidó, los y las que nunca se casaron... También está el loco neurótico... Todo es de ellos, no mío. Yo sólo soy su salvaguarda... Esta cajita contiene uñas... Uñas mías, de mí... De mi cuerpo... Cada vez que me las corto, las deposito cuidadosamente en la cajita. Hace más de cuarenta años que lo hago... Creí que nunca se iba a llenar. Cuando se llene me moriré, me decía, y reía a carcajadas creyendo que eso nunca iba a suceder. Voy a ser eterna, pensaba, si tengo que esperar a que la cajita se llene. Ja, ja, ja, cuánta ingenuidad. Todo tiene su valor, una razón para estar aquí. No puedo botarlas. ¡Ah! El pelo también es mío, pero fue mucho más fácil llenar la caja. Tengo dos más allí adentro, por si se perdiera alguna.

Él: No, nunca. Ni remotamente. Un amable apretón de manos, no más. Y la sonrisa, claro. Todo el tiempo.

Ella: Allí está. No siempre es desagradable, pero hoy sí. El repiqueteo. Toc, toc, toc. ¿Por qué se pierden las muñecas? Todas. Las de mis hermanas y las mías. Los carritos de mis hermanos también. En agosto, septiembre a más tardar. Yo lloraba mucho; lloro mucho. Desaparecía mi mejor amiga, mi compañera. Septiembre es época de membrillos. Los membrillos tienen sabor a consuelo. Los cacahuates, las cañas y los pérsimos de noviembre, también. Diciembre, color, colores. Y el primer año, la sorpresa, toc, toc, toc. Con la navidad regresaban nuestros juguetes, con otro vestido, otro color, reparadas del todo. Pero eran las mismas. El reencuentro, gran reencuentro. ¡Serafina! ¡Dorotea! Qué emoción. Después ya no nos sorprendía, pero igual esperábamos el reencuentro.

Él: Yo me desquitaba con mi esposa. Los primeros años, después de dejarla iba directo a mi casa y me encerraba con mi esposa... Me... provocaba...

Tanto cubrirse, tanto esconder como sin darse cuenta, naturalito, es muy... provocador...

Ella: Cuando murió mi madre sentí un gran alivio. Creí que ya muerta sí podría yo aceptarme como soy. Pero dejó representantes, copias idénticas... No puedo. Y si no hubiera dejado, si se hubiera ido del todo, de todos modos no sé si podría. Así es en el pueblo, así soy aunque yo ya no viva allá ni vaya de visita... ¿Cómo voy a ir si allá vive aquél? Así somos todos. Que porque me encontraba leyendo... ¡gritos! Que porque me atrasaba en el quehacer, ¡gritos! Que porque me orinaba ya de grande... ¡golpes! Que porque me tocaba... eso... ¡peor! Que porque... ¡Ya! ¡Ya! La sonrisa es lo mejor que hay en el mundo... Ante cualquier situación, una sonrisa es lo mejor. Sonrisa, sonrisa, sonrisa...

Él: Lo más cercano al paraíso, así es. Si existe el paraíso, me decía a mi mismo, aquí está. Después de dos o tres años yo no le quería cobrar, pero ella insistía. Total, llegó el momento en que iba al cine con ella y después a comer algo. No es pago, me decía, es agradecimiento. Yo siempre temblaba con su cercanía; olía muy bien. Siempre jugaba a adivinar sus formas bajo las ropas oscuras e impersonales que usaba con muy pocas variantes. Temblaba, yo. Y ella, ella no.

Ella: Son malos pensamientos... Malos pensamientos... Confiésate... Confiésate... Pasó, no volverá a pasar... Arrepiéntete... Confiésate... Arrepiéntete...

Él: Nunca hablaba de crisis, ni de política, ni de inflación. De los angelitos tampoco hablaba, pero se le notaba el dolor; mucho que cambió después de ese terrible acontecimiento... Nunca se quejaba de que si no me alcanza, que

si quiero tal y no puedo... Nada de eso. Y el dinero no le sobraba. Yo veía cuando la llevaba al banco a retirar de su pensión, que no era tanto, Lo que pasa es que no gastaba en ella, nomás en el cine y en alguna que otra cena. No ropa, no lujos, no celular, no tele por cable, ni tele tiene, creo. Regalos, sí. Regalaba mucho, no se le escapaba ningún cumpleaños de los sobrinos...Ella y su mundo, sus recuerdos, sus... Cosas... Su cúmulo de cosas... De eso no quiero hablar...

Ella: El ciego era un pariente lejano que iba un día a la semana a cortar leña. Se necesita mucha leña en el pueblo... Para la estufa, para el calentón de agua, para el de ambiente... Había gallinas en el patio y seguido mataba alguna con su hacha... Era medio ciego y algo atarantado. Yo me divertía con él, con sus historias... Mi mamá le descontaba las gallinas que mataba, pero las gallinas no se desperdiciaban, nos las comíamos en caldo o bien guisadas con verduras de la temporada. Pero así era mi mamá. El ciego la maldecía y dejaba de ir un tiempo, pero luego se le pasaba el coraje y regresaba. Por aquí tengo fotos de gallinas; no de aquellas, porque en ese entonces era pequeña y todavía no tenía esa práctica; de después. Gallinas de casa, de granja... También tengo de guajolotes, o pavos como les llaman ahora tan pomposamente. En cuanto volvía el ciego, yo me sentaba cerquita de donde él cortaba para escuchar sus resoplidos y sus rezongos... Sus cuentos... El ciego... Muy borracho, era el ciego. Se quedaba tirado en cualquier rincón del pueblo a dormir la borrachera. Yo me escapaba de la casa para buscarlo y tratar de despertarlo para que se fuera a su casa. Y sí lo encontraba, pero nunca logré que se fuera. Se despertaba, lanzaba alguna maldición, tartamudeando, porque era muy tartamudo, se echaba un trago y se volvía a

dormir. Por él tengo la costumbre de guardar frutas en almíbar. También tengo fotos del ciego, de cuando se murió... ¡Cómo se atreven a decir que es basura! ¡Todo tiene una historia! ¡Cada cosa! ¡Los periódicos! ¡Guardo periódicos desde hace cuarenta años! No de deportes ni de sociales, pero sí de acontecimientos. Los guardo, ¿cómo se atreven a querer quitármelos? ¡Guardo la historia por si alguna vez tengo tiempo para leer! ¡Nuestra historia! ¿No entienden? ¡Inútiles! ¡Cuadrados! ¡Miopes! Algún día no va a ser pecado leer; algún día va a ser más importante la lectura que el trabajo, acuérdense de mí... Por aquí tengo las fotos de cómo quedó el cuarto del ciego... Su colchón... Se encerraba en el invierno... No se le veía por ningún lado. Comía puras conservas. Eso sí, fumaba, ¡vaya que fumaba! Aquí están... Nunca se casó, pues cómo... hasta eso que si estaba loco podría haberse casado... Je, je, je... Je, je, je... ¿Yo cómo estoy? ¿Cuerda? ¿Medio cuerda? ¿Loca? ¿Medio loca? Ah... Ah... Ahhh... Una cosa sí les digo.... De aquí no me sacan y no me quitan ninguno de mis tesoros... Eso sí les digo... Quemado, el ciego... Quemado... Yo por eso no fumo.

Él: A veces decía algo de algún sobrino, pero no recuerdo que hablara de sus hermanos. De su mamá sí hablaba... Hablaba poco, quedito, sin perder su sonrisa, pero yo le notaba una como sombra en la mirada. Cuando su mamá murió dejó de ir al cine por meses, pero no vistió luto... Dice que cuando era joven su papá tenía un cine en su pueblo y ella veía todas las películas... Aprendió a comprender el mundo por las cámaras. Yo creo que por eso se le dificulta saber dónde empieza una cosa y dónde la otra. El cine y la vida; la fotografía y la vida; los recuerdos y la realidad... Digo, yo sé poco de eso, pero

es lo que decía: la vida es más bella a través de la cámara. De cine, de fotografías... Cámaras. Eso sí lo decía.

Ella: Cuando colocas las fotos una tras otra y tienen una secuencia, mismas personas, misma acción, las pasas una tras otra y has de cuenta que ves cine. Cobran vida, las fotos. Los personajes parece que hablaran. Pero si colocas fotos que no tienen qué ver una con otra y las pasas velozmente, aquello es una pesadilla, Las fotos se transforman; ahora son monstruos capaces de acabar con cualquier dejo de paz. Las personas aparecen con una agresividad, capaces de lo peor que se pudiera realizar contra la humanidad o el mundo. ¿Y para qué quiero entrar a mi casa? Aquí tengo las estrellas por techo. La luna, también. Personajes contrahechos, desalmados. También tengo a mis angelitos... No los voy a dejar... No me van a dejar...

Él: Llegó un momento en que tenía tantas cosas en su casa que no podía entrar. Muebles, documentos, juguetes, cobijas, ropa, periódicos... El cúmulo de cosas fue más notorio ya que se pensionó. Ella no quería pensionarse, yo creo que la obligaron a hacerlo... De eso tampoco habla... Antes de eso, ella llegaba a su casa, abría la puerta y entraba como cualquier persona... Pero luego... ¡No! ¡Claro que no! Yo nunca le llevé nada. Ella los acarreaba no sé cómo, no sé de dónde. Como hormiga, poco a poco, pero sin detenerse, sin respiro... Nunca olía mal, al contrario, hasta hace unos meses, un año, o dos. Más o menos... Antes, me embriagaba con su aroma... Aroma natural, de ella, porque tampoco usaba ni usa perfumes ni desodorantes. De un tiempo para acá, no. Ya no embriaga. Más bien huele... mal... A suciedad... Ya no hay diferencia entre ella y los demás... No en cuanto al olor, al menos. Y luego,

hace poco más de un año, más o menos, me empezó a pedir que la llevara a un hotel...

Él: ¿A cuál?

Ella: A un hotel, no más. Cualquiera. Y me pedía que subiera unas maletotas, grandes, pesadas...

Ella: Lo hice. Tenía 20 años, poco más. Vivía en otro pueblo. Tuve un novio y mis tías hablaron con él para que me dejara. Órdenes de mi mamá. Y un buen día boté mi plaza de maestra y me fui. Lo dejé todo. Me fui a la ciudad de México. Lejos, muy lejos, a estudiar, porque no había estudiado. Saliendo de secundaria me dijeron que si quería ser maestra y ya, fui maestra. Me fui a estudiar, a buscar, a buscarme... Me fui huyendo del encierro espantoso, de la cárcel del pueblo, de la cárcel de mi casa, de mi propia cárcel. Meses enteros llorando, los ahorros se acabaron, conseguí una beca, pero aún así no alcanzaba... He de decir que a pesar de eso, la economía, el dinero que no alcanzaba, esa fue la mejor época de mi vida...Allí la conocí... Hubo de telegrafiar para que me apoyaran... ¡Error! Se recuperó el contacto, las cadenas, las presiones. Volví. Derrotada, al tiempo volví. No enfrenté, no pude. Lloré, sufrí, tuve miedo, un miedo permanente y no pude. Regresé de donde lo tuve todo a recoger pedazos. Regresé de donde el mundo olía a triunfo, a un espacio con sabor a derrota...

Él: Ella no cenaba; pedía cualquier cosa. Cualquier cosa, menos pollo.

Ella: El pollo es gallina... Nopalitos esta bien... Cuando le cortas la cabeza a la gallina, del cuello salen borbotones de sangre, pero la gallina sigue moviéndose... Corre de un lado a otro, desesperada, pidiendo ayuda. No ve, no puede ver, no tiene ojos, no tiene cabeza... Llena de sangre el corral o

donde se encuentre la gallina antes de caer. Es una muerte muy dolorosa, muy lenta, muy injusta. ¿Habrá alguna muerte justa? ¡Ay! ¡Ay!

Él: Nopalitos, ensalada de atún o sólo de verduras... Comía lento, masticaba cientos de veces cada bocado.

Ella: Así debe de ser.

Él: A mi hijo el menor sí le gusta el pollo. De todas formas: asado, adobado, rostizado, empanizado, a la plancha, en caldo, con ensalada, con papas, con frijoles...

Ella: El ciego y yo jugábamos... Éramos muy amigos... A las escondidas, a los encantados, al burro... Los días que iba a ir, yo me enfermaba para no ir a la escuela y poder jugar con él... Las gallinas revoloteaban mientras el ciego y yo jugábamos a las tentaditas... Si devora todo tan rápido no le va a hacer digestión. Se le van a aparecer los fantasmas...

Él: Yo duermo toda la noche, le decía, coma lo que coma y como lo coma... Y ella sonreía, sumida en su propio mundo... Le mentía, porque hace ya tiempo que no duermo. ¿A usted se le aparecen?

Ella: Cuando me muera se van a arrepentir. Entonces llorarán. Con cada recuerdo, cada pedazo de vida que les dejo, llorarán ríos de lágrimas... Mi muerte será mi venganza... Será su dolor... Su culpa... Los muertos no vuelven... Son los vivos a los que hay que temer... No son fantasmas... Son... Son...

Él: Me decía...

Ella: Hay muchas formas de alejar a los que dicen que son fantasmas. Una es rezando; otra es distrayéndose con algo, el cine, por ejemplo. Observar

cuadros religiosos, fotografías... Muchas... ¿Usted reza? ¿Va a misa los domingos?

Él: Nunca me atreví. No sé que hubiera pasado. Si le hubiera retenido su mano entre las mías, si le hubiera robado un beso, si le hubiera dicho algo... Nunca me atreví. Mejor así.

Ella: Pues, sí, me miraba de esa forma que miran los hombres cuando les gana la animalidad.... Pero eso, esas cosas, es algo muy mío, muy de mí. Es de cada quién. Él es un... extraño... Es... casado... Taxista, no tiene estudios... No... No sé... ¡Ay! Una vez lo intenté con un hombre... No ese... Otro...Ya grande yo, más de cuarenta... Cincuenta... Más o menos... No pude... temblé al ver aquello... Aquella cosa... No pude... Mucho miedo... Terror... Corrí... Huí de aquello... Y con el novio de juventud, ni lo intenté. Sólo besos... Besos rapiditos, como robados al miedo, a la emoción... Besos que soñaba una y otra vez y en la realidad no tenían el mismo sabor... Besos... salados... No dulces, no... ricos... Así, solita está bien... Sola conmigo... Así... Ah... Ah... Pecado... Es pecado... Ah... Me confieso... Después me confieso... Pecado... Pecado... Infierno... Ahhh... ¡Ahhh!

Él: Hábleme de usted.

Ella: Me gusta el arco iris; soy maestra jubilada, no como pollo ni gallina, ya todo lo sabe.

Él: Familia... Hijos, marido... Padres, hermanos...

Ella: Sobrinos, nada más. De joven quise ser monja. Siempre he sido muy religiosa, muy creyente. ¿Usted cree en Dios? Nunca habla de la iglesia, no me ha contestado si va a misa, si reza...

Él: Monja...

Ella: Mi hermana lloraba cada vez que aparecía el arco iris. Lo quería. Lo quería como se quiere a una muñeca, para abrazarlo, para jugar con él... Ahí se lo tengo, en mil presentaciones... Ese ruido... No estoy... Mo estoy... No estoy... Váyase... Quien sea, váyase...

Él: Y hacía la larga lista. Interminable. Esto para este, esto para aquella; aquellos de allá no me acuerdo pero a alguien le va a servir. Porque en un principio sí tenía todo bien acomodado, seleccionado. Muchas películas tomadas por ella misma... Luego se fue llenando de basura... Cada... pedazo de... porquería que metía a su casa, era como apropiarse de algo que le faltaba... Tire eso, le decía yo... deshágase de aquello... Si me hubiera atrevido...

Ella: Váyase... Quien sea, váyase... Todo tiene un por qué, nada está de más... Si ese hombre me hubiera insinuado algo, no sé, pues... No sé... Qué miedo. Podría haber funcionado, podría haber sido un fracaso, una rayita más al tigre... Mejor así... Mejor así... Otra vez... No estoy... No estoy... Nada está de más, nada sobra...

Él: ... Me decía. Sí... pero no. Lo hubiera echado todo a perder. Para ella no existen las cosas... terrenales... de hombres y mujeres... Digo... Creo... Eso parece...

Ella: Pecado... Es pecado... Ni pensarlo... Silencio... Quien haya sido ya se fue... Cuerda, cuchillo, pastillas, pistola, cerillos... Pistola, cuerda, cuchillo, pastillas... Cerillos... Roce, tocarte, sentirte, saberte... Pecado... Pecado... Ciego, juego, juego con el ciego... Juego el juego prohibido con el ciego que corta leña y mete sus dedos temblorosos bajo mis calzoncitos... Me mojo... Me mojo... Pecado... Pecado... Aquella vez, de niña, en aquel carro de parientes

lejanos... Los deseos inmensos de ir al baño... El miedo a decirlo... Hacerse en silencio, quedito, sin ruido... Tomar aquel... desecho... con una mano y tirarlo rápido por la ventana... Llorar... Llorar... Mejor sonreír que llorar... Mejor... sonreír...

Él: Rara vez me habló de su trabajo, pero lo que veía de la relación con sus alumnos, era agradable, amorosa, de respeto por ambos lados. Con los directivos no tengo idea de la relación que llevaba. Supongo que buena, porque a veces, esporádicamente, me pedía que la llevara a casa de quien fue su jefa inmediata... Aunque sí se rumoraba... Había compañeros que se quejaban de... De lo mismo, pues... Bolsitas por aquí, cajas por allá... Ella sonreía. Era un cliente, no más, yo su servidor. No tenía por qué meterme en su vida. Yo soy taxista, tengo cinco hijos, tres hombres y dos mujeres... Ella sólo era mi cliente y así me lo hacía saber con su mirada, con su actitud... A mi hijo menor me lo desaparecieron y no he sabido de él en dos años... Cuántas cosas suceden en dos años...

Ella: Pecado, infierno, lumbre, fuego por siempre en todo tu cuerpo, pagar por siempre... No, ciego, ese juego no... Es prohibido, ciego... Tus dedos no... Me mojan... Sudo... Respiro muy rápido, grito... Mi mamá nos descubre, ciego... Te golpea, fuerte, muy fuerte... Te grita cosas espantosas... Yo sigo mojada, respirando muy agitada... Yo nomás veía, ciego, cómo mi mamá te golpeaba y te daba de gritos... Llamaba a mi hermano el mayor, el loco, para que también te golpeará... Nunca te volví a ver hasta que te quemaste, ciego... Te quemaste por borracho, por culpable, por andar metiendo tus dedos entre los calzoncitos de las niñas... Y yo te tomé fotos, porque no te guardo rencor... Yo no... Él es taxista, mi taxista... Yo lo llamo y él viene... Me lleva, me trae, le

pago. Nada más. Los angelitos son estrellitas que brillan en el cielo y me iluminan la noche...

Él: Respetaba yo eso. Y aunque no lo respetara... Cuando le decía algo de mí, de mi persona o familia o trabajo, se bloqueaba, dejaba de escuchar. Además, en un principio, no sabía que acumulaba cosas. Fue hasta hace unos cuántos años, cuando empezó a colocar cajas en el porche, dejando sólo el espacio necesario para poder pasar que lo supe. Le pregunté.

Ella: Lo espero mañana...

Él: Fue la respuesta. Las cajas de cartón asomaban por todas partes, todas bien etiquetadas. Día a día las cajas crecían... Los vecinos me abordaron, discretamente. Que no podían decir que los insultaba o los agredía, nada de eso. Sólo lo de la acumulación les preocupaba. Los saludaba amablemente, decían. Pero les incomodaba tanta cosa. Más les preocupó cuando ya no pudo entrar a su casa y dormía en el patio. Y el olor... Ya el vaho salía de la casa y vagaba por las demás casas. Yo les dije que sólo era su taxista. Es que como es la única persona que le conocemos, me dijeron... Antes, hace muchos años, vivía alguien con ella, hermana o prima, sonriente también, agradable y saludadora, que murió de cáncer... Después, nada... No parientes, no amistades, no parejas... Nadie... Siempre sola, con su sonrisa eterna y sus bolsas de plástico.

Ella: ¿Puede haber felicidad más completa? Gira, gira la mente y agarra vuelo. Primero, a la luna de un salto. A comer queso. Ya que te hartas de tanto queso y de jugar con el conejo de la luna, a volar a otros planetas, a otras estrellas... ¿Qué más se puede pedir? Ya no venga. ¿Me escucha? Aunque le llame, ya no venga...

Él: Me parece excelente.

Ella: No venga. Váyase.

Él: Me voy. Yo creo que tuvo mucho que ver lo de la soltería... Cuando vivía con su pariente, su vida era digamos que normal. Pero hay gente que no puede con la soledad. No, no es eso, no me la imagino viviendo con alguien, después de su hermana o prima. Así estaba bien... Algo falló... Desde que la conozco asiste esporádicamente a las marchas... Cuando había alguna manifestación, a veces iba. Cuando pasó la... tragedia... de los niños de la guardería, sufrió mucho. Se vistió de negro, como se hace en su pueblo cuando algún ser querido muere... Meses, vistió de negro... Era la segunda vez que yo veía que se encerraba y vestía de negro. Esta vez, esporádicamente salía a las calles y gritaba consignas en contra del gobierno. Cuando dejaba de gritar, sonreía. Saludaba. Se sentía bien, viva. Luego el dolor y el coraje pasaron a ser algo así como desesperanza. Se volvía a encerrar días enteros. Colocaba pancartas en contra del gobierno alrededor de la casa, en el techo, en las paredes. Yo duermo como bebé, había dicho el gobernador después de la tragedia... Ella usaba esa frase cada vez que salía a gritar por las calles... Que nadie te arrulle, gritaba; que te pudras en los infiernos, gritaba, por inconsciente, por inhumano... Lloraba, entonces... Entonces, la sonrisa se le borraba del rostro y aparecía esa mueca de dolor tan profundo que me costaba verla sin estremecerme. La gente le cobró al gobernante y él tuvo que pagar.

Ella: Todo se paga en la vida o en la muerte.

Él: Un buen día me llamaba de nuevo, reaparecía. Se cubría la cabeza con un gran sombrero, tomaba su botella de agua y se iba a la marcha equis, con su sonrisa por delante.

Ella: Y no vuelva.

Él: Uno hace lo que hace y ya. Uno es lo que es. Bastantes problemas tengo yo para encima enfrentar a esa loca. Loca es la palabra. Ah, las grillas del sindicato, las traiciones de los compañeros, cómo te obligan a apoyar a tal o cuál candidato o te quitan la concesión, la falta de sueño, el abuso de... ya saben, para aguantar... Y todavía... Ella perdona, creo. Quien le haya hecho lo que le haya hecho está a salvo... Yo no puedo pensar así; ni he alcanzado ni alcanzaré ese nivel... Yo siento aquí... el rencor... El odio... Porque, ¿cómo va a ser, pues? ¿Cómo en un de repente tu hijo ya no está contigo ni está en la escuela, ni en la cárcel, ni en ningún lado? Como magia... ¡Pum! Desaparecer así no más...

Ella: Esto... Esto... Esto... Aquí está el cuaderno... Los cuadernos... ¿Y si no los encuentran? Sería horrible... Se pelearían entre ellos... Pecado... Es pecado pelear... La solterona no tiene cabida... Estorba... Se tiene que armar un mundo aparte, pero a veces hasta en ese mundo te persiguen, te torturan, te amenazan... Ahí están de nuevo... No... No... ¡No quiero! ¡No quiero ver a nadie! ¡No quiero hablar con nadie! Nadie viene hasta acá con buenas noticias... No existe... Ese toc toc no existe... El loco tiene la costumbre de golpear... No puedo ir al pueblo porque me golpea desde que me encontré jugando sola el juego que jugaba con el ciego... La gente que quieres, por la que has dado lo mejor de ti, por la que has luchado, se vuelve contra ti. La gente que pelea no tiene paz en la otra vida... No hay descanso eterno... ¿Y a él que le importa que me guste el juego que jugaba con el ciego? ¿Él no juega? Cada quién, digo yo. A mí me gusta... Me sigue gustando con todo y que es pecado... Tendré que rezar yo solita por mi y mis pecadotes... ¿Quién lo va a

hacer sino yo misma? Váyase ya... Quien sea, no me torture con sus ruidos... Quien sea, no estoy... No estoy para nadie... Tijeras, cuchillo, cuerda, pistola, cerillos...

Él: Era fácil irse. Cuestión de decisión. Lo hice... Otras veces... Me iba y regresaba cuando quería, si quería... Pero siempre quería. Había una fuerza que me obligaba, estuviera haciendo lo que estuviera haciendo, a la hora que fuera, en cualquier condición... ¿Dónde estará? ¿Qué será de él? Si andaba en malos pasos no lo sé... Pero aunque así fuera, pues que pague en la cárcel luego de un juicio, digo, ¿no? Cuando me vaya esta vez, no voy a regresar... ¿Me escuchó?

Ella: ¡Ya! ¡Yaaa! Silencio... Silencio... No hay más que silencio... No debe haber más que silencio... Silencio... ¿Dónde...? ¿Dónde...? ¡Ay! ¡Aaay! Silencio... No sé qué haya en el más allá y no me importa... La nada... Supongo, blasfema, que lo que hay es lo mismo que había antes de nacer... ¡Ay!

Él: Fui a poner la denuncia... A los días me abordaron unos policías... Que si les daba cuarenta mil pesos ellos me podían dar pistas sobre mi hijo... Tan fácil que sería mandar todo al demonio.

Ella: Es pecado.

Él: A mí eso... no me va... No puede haber otro infierno... Con este es suficiente...

Ella: Puedo colocar la cámara de tal manera que tome fotos cada ciertos segundos y grabe todo... O la cámara de video... No, eso es muy poco creativo... O dejo una carta... No... Basta con los recados aquí y allá indicando qué cosa para cada quién... Los libros... ¿están suficientemente claros? A

ver... ¡Ay! ¿Y si no lo entienden? ¿Y si no les importa? ¡Ay! Tantos años guardando, coleccionando para que no sepan qué les dejo...

Él: Los vecinos... Amables, amables, pero bien que se están saliendo con la suya... Una y otra vez llamaron a la policía... Una y otra vez me molestaron pidiéndome que interviniera para convencerla de deshacerse de... eso... Las visitas al hotel se hicieron frecuentes, más o menos cada dos meses. Me llamaba, me pedía que subiera las maletas pesadas, y la llevaba... Al otro día, temprano, me llamaba para que la recogiera... Entonces, al recogerla, las maletas estaban vacías... ¿Y sus cosas? Le preguntaba.

Ella: A mi casa, por favor...

Él: Era la respuesta... Su ropa...

Ella: Ya sabe a dónde.

Él: Pues la llevaba... Pensé... Pregunté... Cualquier cosa, aparentemente sin intención... Otra... Fui hilando... Hasta que caí en cuenta... Poco antes de que iniciaran los viajes al hotel, se le había descompuesto el sistema de drenaje... Los baños dejaron de funcionar... Entonces guardaba... en...botellas y... bolsas y... ¡Ah, caramba! ¡Caramba...! ¡Ah, caramba...!

Ella: Leer... Leer es placentero... El placer es pecado... No se debe perder el tiempo leyendo, ¿no, mamá? Sólo el trabajo no es pecado... Todo lo demás, lo que agrada, lo que alegra, te manda directo al infierno... Y yo ya estoy marcada, manchada por los dedos del ciego... Por mis dedos... Manchada por el odio de mamá y de mis hermanos... Algún día tendré tiempo y permiso para leer todo lo que guardo... Y si no puedo, si no me atrevo, es para ustedes, ya saben... Ahí están las listas... Los libros... No venga si no le llamo, ¿entendió? Tengo que prepararme para salir... No es fácil salir... Tengo que... decidirme...

Necesitarlo mucho... Luego, bañarme... Tomar valor de donde sea para enfrentar lo que pueda venir... No le importe si pasan semanas o meses, usted no venga si no le llamo.

Él: Caramba... Yo sólo soy su taxista... Su acompañante... Aparecieron los parientes... Yo no los he visto, pero sé que van al Ministerio Público... La tienen demandada... A su hermana... Que le dan quince días para que desaloje, que la casa no es suya, que es de la familia... Tal vez lo que quieren es limpiarle la casa de tanta, tantísima basura que acumula... Ella pierde durante días su sonrisa y en su lugar aparece una mueca como de desvarío que me derrumba el mundo que forjé a su alrededor. Alguna vez la vi, vagando por las calles, recogiendo cuánta basura encontraba... Cuarenta mil pesos... Digo, y si me piden eso y si saben, es porque tienen qué ver, ¿no? Ladrones o policías, es lo mismo. Digo, si mi hijo andaba en malos pasos, pues que lo metan a la cárcel, ¿no? A la enigmática, la provocadora sin saberlo, llamarla loca, yo... Loca... Apenas lo puedo creer... Pero, pues... La de antes, no... La de ahora... ¡Ah, caramba! La de antes, no... La de ahora... es otra cosa... Es culpa del drenaje, supongo... De la tubería... De todos modos, yo no la dejo, pues... No la dejaba... Cuando me llamaba, iba... A donde quiera, la llevaba... Demandada... Subió de peso... Se veía bien con sus redondeces... No perdió ese... toque... que me embriagaba... que me embriaga a pesar de todo... Me gustaría hablar con ellos, con los parientes... Pero, pues, yo sólo soy su chofer, su taxista... Era su taxista... Y aquí, pues... ¿Dónde estás, hijo, dónde te tienen? Tenías trabajo, estudios, pareja... Toda una vida por delante... ¿Dónde te metiste? ¿Qué les hiciste, pues, hijo, para que te trataran así? Cuarenta mil pesos, que cabrones...

Ella: Cuerda, cuchillo, pastillas, pistola, cerillos... Está bien... Todo está bien... La cajita de las uñas se llenó... No queda nada más qué hacer... Gracias, sol; gracias, luna, estrellas, nubes... Gracias, angelitos, por iluminar mis noches... Lo hacen, iluminar, a pesar de que aún no era su tiempo... La soberbia, la avaricia, ¡qué pecados! ¡Grandes pecados! No de ustedes, angelitos, no. ¡No! De esos que todo lo pueden y deciden hasta quién vive y quién no; que no tienen el mínimo respeto al otro. ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! Silencio... Silencio... El ruido perturba... El toc toc enloquece... El silencio... El silencio purifica... Pistola, pastillas, cuchillo, cuerda, cerillos... ¡Ay! ¡Ay! Luna, luna... Arco iris... arco iris... Gracias... Pastillas... Pistola... Cu... chi...

Él: Desaparecerlo... No cárcel, no tumba... Ni un lugar a dónde verlo, a dónde llevarle flores... Y pensar que nadie estamos exentos... A cualquiera nos puede pasar en este mundo de locos... Locos de verdad, no como ella... ¿Y qué quieren que haga? Ella busca su salida, la encuentra, la sigue... Es su decisión, pues. Loca, no. Para nada. Diferente, como todos. Como en el cine... Muchas veces, sobre todo en el verano, iba al cine sólo a dormir. Y ahí andaba, burlando la vigilancia, de sala en sala, para dormir porque en su casa no había espacio ni condiciones. Ella busca, como todos. Cuando no hay solución, pues se busca otro camino... Ella sabe... Busca... Yo... Pues yo, a seguirle... Aquí... Yo... Cuando me volvieron a buscar los policías, a amenazarme... Que si había juntado el dinero, que si cuánto llevaba... Je... Perdí la cabeza... La cabeza, je... Llénenme donde está, les dije... Si nos das la lana te vamos a dar pistas, nos dijeron... No te vamos a llevar a ningún lado... Perdí la cabeza, pues... Je, je... ¡Pistas!, me gritaban... Te vamos a dar pistas... Tres balazos le di a cada uno...Tres... El pollo asado le gustaba mucho; el rostizado,

también... ¿Pa' qué buscarle, pues? Cuando ya no hay, ya no hay. Así es, ¿qué no? Aquí estoy, aquí me tienen. De por vida, yo creo. ¡Bah! Pa' lo que me queda...

Ella: Espero no encontrarte, madre... No quiero avergonzarte también por allá... Tanta limpieza, mañana y tarde... Tanto trabajo, día y noche... Tanta... disciplina... ¿Para qué? Cada quién es lo que es... Cada quién es como es, no es tan difícil entenderlo... Tenía que suceder algo extraordinario para que te hicieras presente, papá... Un rasguño, una torcedura... Entonces, sólo entonces te aparecías con alguna leve caricia... Leve... A ti sí espero encontrarte, compañera... Cómplice y partícipe de mi único tiempo pleno, allá, en aquella ciudad, lejos de este encierro... Lejos de sombras... De... cadenas... No tuve valor para luchar... No lo tuve... Ganaste, mamá. ¿Quién lo diría? Me voy con el arco iris de mi hermana. Ella ya no lo necesita, ya no lo busca... Ahora es mi vehículo... Vamos, pues... Como bebé... Como bebé... Silencio, eso es... Paz... Paz... Cu... chi... llo... Ce...ri... llo...sss...sss...

Él: Seguido traigo a mi mente el recuerdo del olor de antes. Temblaba yo, de solo imaginar lo que se escondía bajo esas ropas impersonales. La sonrisa sigue allí. La vida, la vida cambia.

TELON